

días felices para nosotros en este mundo, hijo mio.

—¡Mi pobre madre . . . ! dijo Edmundo mirando con atención á la señora de Péreux, á la cual la felicidad que experimentaba de algunos días á esa parte, no habian podido borrar los vestigios de los padecimientos que habia sufrido.

—Sí, dijo, estoy algo cambiada; tengo ahora algunos cabellos blancos, que tú no me viste ántes de tu enfermedad; pero eso no es nada, porque tengo en el corazon una esperanza y una juventud eterna.

Al decir esto, la señora de Péreux abrazaba de nuevo á su hijo, que no pudo contener algunas lágrimas que se enjugaron entre sus dos besos.



CAPITULO VII.

LA PRIMERA MENTIRA DE GUSTAVO.

Gustavo habia tenido á Nichette al corriente de todos los sucesos y aspectos de la enfermedad de Edmundo. Los dias en que la modista recibia sus cartas de Niza, eran para ella festividades. Desde la partida precipitada de su jóven amante, no tan solo se habian acabado para ella las grandes distracciones, sino hasta su tranquilidad interior. Para agradar á Gustavo, para poderse mejor entregar á él, solo á él, habia renunciado á sus antiguas amistades; de manera, que ausente Gustavo, nadie venia á visitar á la modista.

Nichette lloró al principio bastante; luego cuando supo que Edmundo estaba fuera de peligro, se puso doblemente alegre, ya porque un amigo á quien de veras amaba, no moria, ya, lo mas importante, porque una vez Edmundo sano, Gustavo se volveria con ella.

Entonces escribió una carta á Daumont, en que le refería todo el pesar y el fastidio que la devoraban, y le significaba el placer que tendría en volverlo á ver.

Gustavo recibió esta carta, la leyó, la releyó dos ó tres ocasiones, y guardándola en su bolsillo, dijo con una verdadera emoción:

—¡Pobre Nichette . . . !

Después de lo cual la respondió que Edmundo se hallaba todavía muy débil, y que tenía necesidad de los cuidados de todos sus amigos; que tan luego como su convalecencia tomara un buen aspecto inmediatamente se volvería á Paris.

Nos hemos olvidado decir, y además no teníamos necesidad de decirlo hasta ahora, que el moribundo al volver á la vida y al encontrar á Gustavo junto á su cabecera entre su madre y su muger, había dado rendidas gracias á Dios por aquel tercer consuelo que le concedía.

Como hemos visto en el capítulo precedente, nada había que temer de la enfermedad de Edmundo; únicamente restaba el mal de que se hallaba atacado desde su infancia, y que el señor Devaux trataba de destruir.

Al efecto, este último previno al enfermo que tendría que pasar tres ó cuatro meses cuando ménos sin salir de casa, y que durante este tiempo esperaba hacerle sufrir una completa y feliz transformación.

Edmundo se resignó: ¿quién no se hubiera resignado en su lugar, amado como él lo era?

Buscáronse, pues, para el enfermo todas las distracciones que podían venir hácia él, pues que por el presente él no podía ir hácia ellas.

Estas distracciones fueron para Gustavo las mismas que para todos los convalecientes.

Mientras no pudo levantarse, Antonina permaneció sin cesar junto ó su lecho, leyéndole, trabajando, platicando é interrumpiéndose frecuentemente en medio de lo que hacía, para apoyar su cabeza sobre el lecho de Edmundo, quien se entretenía en desatar y acariciar sus finos cabellos durante horas enteras.

—¿No sabes, la decía, que pasaría así gustoso todo el resto de mi vida . . . ? ¿Puede haber acaso una felicidad mayor que la mía . . . ? ¡Te miro, te oigo . . . todo el mundo está encerrado para mí en estas dos palabras! ¿Qué me importa el resto de la tierra? ¿Para qué necesito otros horizontes? ¿De qué nos servirá ir á buscar otros cielos y otras gentes . . . ? ¿Podré encontrar algo mas hermoso, algo que me ame mas que tú? Nada mas necesito, cuando tu mano estrecha la mía Mi madre y tú, esta casa tranquila y silenciosa, esta vista limitada, ese paseo solitario que serpentea á nuestros pies, de tiempo en tiempo; las visitas ó las cartas de Gustavo ¿no te parece que esta vida sería un paraíso sobre la tierra? ¿Pero, tú te contentarías con ese género de vida . . . ?

—¿Qué no podrá serme agradable contigo, Edmundo de mi corazón?

—¡Cuán locos son esos que piden á la vida otros placeres que los del corazón y los de la dulce y tranquila amistad!—¿Qué podrá haber jamás más hermoso que una vida oscura y apasible....! ¿Y tu padre, que me promete luengos años....?

—Ya te salvará.... y tus malignas y funestas ideas de muerte tendrán que desvanecerse.

—¿Sabes lo que harémos entónces? Comprarémos en Suiza, ó en Italia, alguna casita muy solitaria, desconocida, oculta, como un nido, bajo algunos árboles, ó mirando en el agua de algun estanque azul.... porque, mira, aquí tendríamos siempre ante la vista el espectáculo de la muerte de los demás.... Nos encerrémos en esa linda casita, mi madre, tú y yo. ¿Qué nos importa, para qué nos habrémos de ocupar de lo que hagan y digan los demás hombres? Ocultarémos nuestra felicidad á los ojos de todo el mundo, pasarémos solitarios y sin que nadie haya podido ver de nosotros más que la ventura que radia sobre nuestras frentes....

Nuestros hijos, tal vez Dios nos concederá algunos, crecerán entre sus padres y la naturaleza.... nacerán y vivirán para el bien. La misma tumba nos reunirá, como nos habrá unido un mismo amor. Descansarémos eterna-

mente bajo alguna altura acariciada por el sol, y el pastor que pase cerca de nuestra tumba guiando su rebaño, dirá: Estas fueron unas gentes dichosas.... De vez en cuando arrojará con respeto algunas rosas.... Cualquiera otra ambición mayor que esta ¿no te parece que es locura....?

Oyendo hablar de esta manera á su marido, Antonina le tomaba las manos, y se sonreía. Hubiera podido creerse que todo lo que éste decia, lo habia leído en el corazón de su mujer, porque ésta era la realidad de los sueños que ella formaba incesantemente.

Al fin, el señor Devaux permitió á su enfermo que se levantara y que fuera hasta el salón, adonde entró apoyándose de un lado en Antonina, del otro en su madre.

Estaba muy cambiado....

Su rostro tenia una palidez de marmol; sus mejillas estaban hundidas; pero sus ojos, á los cuales la flacura del rostro hacia aparecer extraordinariamente grandes, comenzaban á brillar de nuevo con todas las chispas de la vida; sus finos y luengos cabellos cuidadosamente echados para atrás, y la sonrisa que iluminaba toda su fisonomía, le daban un aspecto tan dulce, tan agradable y simpático como su alma, de la cual era un reflejo.

Al ver entrar á Edmundo, todas las personas que se hallaban en la sala se levantaron, y

fueron á su encuentro: estas personas eran aquellas con quienes ya hicimos conocimiento.

—Ya sé, señor, dijo Edmundo al comandante, con cuánta bondadosa solicitud ha venido vd. todos los dias á preguntar por mi salud: permítame vd. que le conserve un profundo reconocimiento, y que estreche su mano como la de un amigo.

El comandante estrechó con efusión la mano que le presentaba el enfermo.

—Vdes. han tenido la bondad, señora y señorita, continuó Edmundo dirigiéndose á la señora de Mortonne y á su hija, de acompañar á mi madre, y consolarla en la dolorosa prueba que acaba de sufrir. ¡Cuánto deseo ya poderles á vdes. pagar sus generosas visitas!

La sociedad de un enfermo no es muy atractiva que digamos; sin embargo, yo confío en que, durante la reclusion á que me condena todavía mi querido médico, vdes. nos honrarán con sus visitas.

—La madre de vd., contestó la muger del comandante, ha pasado ratos muy amargos, y á pesar de nuestro empeño y afección, Laurencia y yo hemos sido insuficientes para calmarla.

—Pero todo ha concluido afortunadamente, ¿no es verdad, mi querido doctor? dijo la señora de Péreux al señor Devaux.

—No tenga vd. cuidado, contestó éste; todo irá á pedir de boca.

Edmundo presentó sus manos á Gustavo y al padre de Antonina, y se sentó en un ancho sillón, del cual su madre acababa de componer los cogines.

—Que no interrumpa yo la conversacion, dijo Edmundo; deseo mezclarme en ella.

—¿No te sientes fatigado? preguntó en voz baja la señora de Péreux á su hijo.

—Todavía no, querida madre, respondió éste sonriendo; estoy mas fuerte de lo que tú crees.

Y dejó su mano entre las de su madre.

—Contaba al doctor y al señor Daumont, dijo el comandante á Edmundo, cómo habíamos venido á vivir aquí, y mi esposa y yo buscábamos en vano las razones que nos habian hecho detenernos en este desierto. . . . La casita en que habitamos nos parecia lindísima, y nos hemos quedado en ella. A mí me gustan infinito las cosas nuevas, las sorpresas. Mis cambios frecuentes de guarnicion me han hecho contraer una necesidad eterna de cambiar frecuentemente de mansion. Al cabo de vivir seis meses en un pais, ya me fastidia mortalmente, y tengo necesidad de ir á buscar otro.

Miéntas escuchaba al comandante, Edmundo, pasaba revista á las personas con quienes acababa de hacer conocimiento, y á las cuales no hemos aun descrito.

El señor de Mortonne podria tener sus cin-

cuenta y cinco años, y llevaba en su rostro todas las señales con que se distingue á los militares: tenia enormes bigotes y la frente calva; su ojo era franco, sus megillas estaban ligeramente coloradas, y su dentadura era hermosísima, lo que hacia mucho favor á su fisonomía. Era de alta estatura, y vestia un holgado sobretodo, en uno de cuyos ojales estaba atada una flor de oficial de la Legion de Honor.

Hombre de juicio y de buen corazon en toda la acepcion de la palabra, el comandante tenia el talento de no hablar jamas de sus batallas ni de sus heridas; y cuidadó que tenia sobre la frente una cicatriz, que para cualquiera otro, hubiera sido el origen de una larga y famosa historia.

La señora de Mortonne contaba cerca de cuarenta y ocho años, y tenia ya todos los accesorios de las viejas. Usaba gafas, y rezaba por la noche. Generalmente estaba vestida con un traje de merino color de hoja seca, y usaba figaros como los que le gustaban á la señora Angélica, nuestra antigua conocida, á quien hemos perdido de vista hace algun tiempo, por haber quedado en Paris encargada de la casa del señor Devaux. Dirémos en honor de su buen corazon, que ni un dia dejaba de ir á la iglesia de Santo Tomas de Aquino á murmurar una oracion por la salud del marido de Antonina.

La señora de Mortonne debió haber sido muy bonita en sus tiempos. Conservaba todavía una tez fresca y manos de admirable blancura y perfeccion. Tenia un vientre bastante desarrollado, lo cual daba la mejor idea de su salud y de su régimen higiénico.

La señorita Laurencia de Mortonne era, como le habia dicho la señora de Péreux á su hijo, una grande y hermosa muchacha de diez y seis años. Tenia los cabellos negros como el azabache y naturalmente ondeados, ojos grandes, tan relucientes, tan espresivos, que á primera vista no se sabian si eran negros ó azules. Eran azules, pero tenian un no sé qué de admirados, de eléctricos, que daba un grande atractivo á aquel rostro original. Laurencia tenia una piel de terciopelo, una boca acaso grande pero tan graciosa y adornada de dientes tan blancos, tan parejos, tan monos, que este defecto casi llegaba á ser una cualidad.

Era delgada, y su talle, lleno de flexibilidad, hubiera sido comparado por un poeta entusiasta al rosal ó al palmero.

A propósito, diré entre paréntesis, que no sé por qué se comparan tan frecuentemente los talles esbeltos y flexibles al palmero, que es uno de los árboles ménos flexibles de la creacion.

La señora de Mortonne traia un vestido negro abrochado hasta el cuello.

Miraba á Edmundo con curiosidad: su natu-

raleza vigorosa parecia no comprender aquella naturaleza débil y enfermiza.

—¡Pues bien, comandante! replicó el enfermo, es necesario por ahora que venza vd. un poco sus costumbres, y que permanezca por algun tiempo aquí. Cuando el señor Devaux me permita salir, harémos algunas curiosas y agradables escursiones juntos.

—Este pais me confronta: no es muy alegre; y si no desagrada á mi esposa y á Laurencia, y si nuestra sociedad sirve para distraer á vd. un poco, ¿qué impide que permanezcamos aquí seis meses mas?

—Nada, contestó la señora de Mortonne.

Laurencia no dió su opinion.

—¿Qué diablos tienes tú, Gustavo? dijo en voz muy baja Edmundo, acercándose al oído de su amigo, que parecia sumergido en la meditacion mas profunda.

—¿Qué quieres que tenga. . . . ? respondió Daumont; escucho.

—Tú te fastidias aquí, replicó Edmundo; confésalo!

—Yo! todo lo contrario.

—¿En qué piensas, pues, si no es en Paris y en Nichette?

—Esta mañana recibí una carta de ella.

—Y qué te dice?

—Quiere venirse á reunir aquí conmigo?

—Y por qué no viene?

—Seria muy molesta.

—En qué?

—Me entregaria mucho á ella, y no podria estar contigo cuanto quiero.

—Si vieras que hay una cosa que varias veces me he preguntado? dijo Edmundo.

—Qué cosa?

—Por qué no te casas con Nichette?

—Jamás!

—¿Y por qué jamás? Tú la amas: ella te ama, y se arrojaria al fuego por tí. Ya sabes cuánto la estima, mejor diré, cuánto la ama mi madre. Si tú la dieras tu mano; si ella fuera tu muger, nada impediria que viviera con nosotros. ¡Mira qué felices seriamos. . . . Habrias hecho la ventura de una buena muchacha. . . . y tal vez ni aun entre las familias mas honradas, ni entre las jóvenes de la mas elevada posicion, jamás encontrarás un corazon semejante al de Nichette. Y te doy mi palabra de honor, que en tu lugar me casaba con ella.

—Eres un loco!

—¿Participas aun de las preocupaciones del mundo?

—Sí.

—Haces mal, contestó Edmundo con voz triste. Luego añadió despues de un momento de silencio: En todo caso, si la escribes, dila que le envio un afectuoso abrazo,

Durante este tiempo, los señores Devaux y Mortonne habian comenzado su partida de *ajedrez*, y la señora de Péreux se habia acercado á Laurencia y su madre, con quienes se habia puesto á conversar de todas esas bagatelas que las mugeres tienen siempre á su disposicion.

—Gustavo á su vez tambien se habia parado y acercándose á Laurencia; solo que se quedó de pié.

—¿El señor su papá de vd. piensa, señorita, dar un paseo á caballo mañana temprano? dijo á la jóven.

—Sin duda ninguna, si hace buen tiempo. No tenemos aquí mas que esta distraccion.

—Si su papá de vd. lo permite, tendré muchísimo placer en acompañarlos.

—Esto le causará muchísimo gusto. Con vd. puede conversar y fumar, mientras que mi sociedad sola es muy uniforme y fastidiosa para un antiguo militar.

—¿Han encontrado vdes., pues, aquí caballos, hija mia? preguntó la señora de Péreux á Laurencia.

—Sí, señora, y aun muy buenos. El señor Daumont tiene uno que es una maravilla.

—Muchas veces lo he puesto á la disposicion de vd., señorita; y si vd. lo quiere montar, se lo ofrezco de nuevo.

—Es muy furioso para mí... y no dejo de tenerle miedo.

—Eso es modestia, señorita: vd. monta á caballo mil veces mejor que yo.

—Su padre es quien la enseñó este ejercicio, dijo la señora de Mortonne entónces, y no podía tener un maestro mejor.

—¿Cómo te sientes? preguntaba Antonina á Edmundo.

—Muy bien, mi querida... soy muy dichoso. ¿Ves cuan agradable es esta vida? Pasar las tardes en medió de las gentes á quien uno ama y de quien es amado, ¿qué mas se puede desear?

—Que pienses siempre así, es todo lo que pido á Dios.

La señora de Péreux dejó á Gustavo platicar con Laurencia, al lado de la cual se sentó, y fué á preparar ella misma la tisana que de hora en hora debia beber su hijo.

Al cabo de un rato se la trajo.

Los dos jugadores terminaron su partido de ajedrez; el comandante tomó su sombrero, y su familia se dispuso á salir.

—Papá, dijo Laurencia, el señor Daumont pregunta si montamos mañana á caballo?

—Sin duda que sí.

—Pues bien, dijo Gustavo, á las ocho iré á reunirme con vdes., comandante.

—Ya estarémos dispuestos.

Las dos familias se despidieron mutuamente, y se separaron.

Gustavo subió á su aposento, que estaba encima del de Edmundo, y abrió su ventana.

Miró alejarse al señor de Mortonne, á su muger y á su hija, que caminaba detras de ellos, sola, como la sucedia generalmente.

Miró á Laurencia, que se volvia y miraba hácia la casa de la señora de Péreux.

Entónces cerró su ventana.

—Es preciso que escriba á Nichette, se dijo.

Y al efecto, se sentó delante de una mesa, tomó una pluma y se preparó á escribir.

Pero ántes de haber podido trazar una sola letra, dejó caer su cabeza sobre su mano izquierda, y la pluma quedó inmovil entre su mano derecha.

Sin duda pensaba en lo que iba á escribir-la aun cuando ántes las palabras le venian á montones.

Tal vez no era esto en lo que pensaba.

Despues de un cuarto de hora de reflexion, comenzó á escribir:

“ Mi buena Nichette: esta mañana recibí tu carta ”

De nuevo se detuvo; se levantó, fué en seguida á abrir su ventana, y trató de mirar por algunos instantes entre las tinieblas de la noche que comenzaban á estenderse, luchando

con el vago resplandor del crepúsculo, el camino por donde habia atravesado el señor de Mortonne y su familia.

El campo estaba desierto.

Por segunda vez volvió Gustavo á sentarse, y releyó la carta de Nichette, como si tuviera necesidad de esto, para saber qué le diria. En seguida tomó la pluma y siguió escribiendo:

“ y te contesto esta noche, despues de una hermosa tarde que acabamos de pasar con Edmundo, que hoy por primera vez se ha levantado; su madre, su muger, un viejo militar y una anciana su esposa, que son nuestros vecinos, y que vienen todos los dias á visitar-á nuestro enfermo.”

¿Era por casualidad ó voluntariamente, por lo que Gustavo omitia decir que ese viejo y esa vieja tenian una linda hija?

Sin duda era casualidad, porque ¿qué razon habia para ocultarla esto á Nichette?

Despues que Gustavo hubo escrito lo que acabamos de leer, hubiera podido creerse que no escribiria mas, porque en vez de continuar, se puso á divertir, haciendo puntitos con su pluma sobre la madera de la mesa en que escribia; y él, que no podia continuar su carta, parecia poner la mayor atencion en hacer los dichosos puntitos á una distancia igual los unos de los otros.

De pronto los borró con el dedo, y prosiguió escribiendo:

“ Hace aquí un tiempo hermosísimo, especialmente en este momento en que te escribo: “ estoy seguro de que en Paris está lloviendo, “ miétras que aquí brillan las estrellas.”

Evidentemente el pensamiento de Gustavo se hallaba en otra parte. Habia escrito estas últimas líneas casi sin mirar el papel, y solo por escribir algo. ¡Pero qué podia interesar á Nichette que hubiera estrellas en Niza, miétras llovía en Paris?

Gustavo comprendió sin duda esto, porque tomó otra hoja de papel, y se dispuso á escribir una nueva carta; pero sobre este papel no puso mas que una sola palabra, y esta era:

“ Señorita ”

Pero cuando iba á continuar, se contuvo, y estrujando el papel entre sus manos, lo arrojó á la chimenea diciendo entre sí:

—¡Vamos. estoy loco!

Y continuó la carta á Nichete, tantas veces abandonada.

“ Nada mas una cosa hecho de ménos aquí, “ prosiguió despues de haber leído lo que llevaba escrito, como si ya no lo recordara, y “ creo eres tú, mi buena Nichete, tú en quien “ pienso sin cesar, y que espero pensarás á “ veces en mí.

“ Desde que Edmundo se halle fuera de peligro, me volveré inmediatamente á Paris, y “ no tengo necesidad de decirte adónde iré á “ apearne. ¡Cómo debes fastidiarte, mi pobre “ niña; el invierno es tan triste en Paris! Pero “ no tengas cuidado; esta separacion no durará “ mucho tiempo y ya no nos separaremos “ mas.

“ No te escribo mas largo, porque la casa de “ correos va á cerrarse en este momento; pero “ mi próxima carta, te lo prometo, tendrá cuatro “ páginas enormes. ”

Gustavo habia escrito esta última parte con rapidez, con resolucion, por decirlo así, como si hubiera temido que algo lo pudiera detener.

¡Pero por qué, si escribia á las siete de la noche, decia que la casa de correos iba ya á cerrarse?

Esta era la primera vez que Gustavo decia una mentira á Nichette ¡y quién sabe si esta seria la única que habia en su carta!

